

EMOCIÓN PANTEÍSTA

*Señor, te diré que la sabrosa belleza
De esa tu carne pálida me hace llorar de amor.
Lloro por la magnolia de tu cara, por esa
Cara que está desnuda sobre su tallo en flor.*

*Laureando con tu gracia mi gloriosa tristeza,
Con hojas de tus ojos de cambiante verdor,
Vas hasta el fondo mismo de mi naturaleza
Por todos mis jardines, y siempre vencedor.*

*Señor, quizá tú eres suavemente fuerte;
Quizá tu cáliz dona consolación de muerte,
A tiempo que florece tu espléndido fervor.*

*También yo soy ambigua; por eso es que te siento,
Y lloran cuando abres bajo mi pensamiento,
Mi aurora y mi crepúsculo su rocío de amor.*

La última vez que la vi fué en Buenos Aires; entró a la oficina donde yo trabajaba, provocando la torpe curiosidad de mis compañeros, a causa de su desaliño de vestimenta y tono. Conversamos largamente. Al despedirse, me prometió unas poesías inéditas... y esperé inútilmente. No la vi más...

Y al recibir la noticia de su muerte, en medio del torrencial vértigo de esta vida de la urbe febril que nos lleva y lleva implacablemente, me detuve a recordarla... Y, con tristeza, evoqué su original figura, su sensibilidad, casi hiperestésica, su talento innegable. Luego proseguí... Ah, pero tengo la sensación precisa de que nunca he de olvidarla, porque los seres de excepción, ¡que ella lo fué!, los espíritus de selección, ¡que lo fué el suyo!, no pasan totalmente, no se olvidan del todo.

ERNESTO MORALES.

Buenos Aires.